



opinión

Sección de opiniones (opiniones seccionadas)

No parece haber mejor motivo para expresar una opinión que ejercer el derecho mismo de expresarla, pero, siendo esto mismo una humilde opinión, me pregunto si no existirán motivos mejores. Y que me perdonen los que tengan en gran estima la propia opinión si la sojuzgo a sus motivaciones. Tengo desde muy temprano la manía de atender ante todo a las razones, las virtudes que mueven al ser humano, y, así, prontamente se da un cuenta de las intenciones que subyacen tras la mayoría de las opiniones, las cuales no dejan de parecerme ya *unas primas lejanas (pero con mucho trato) del rumor*, como las definiera el autor satírico **Trajano de Prusa**. Amí, como a otros, nos gustaría vivir en un mundo en el que cada cual fuera provisto de la opinión que, habiéndola considerado previa y detenidamente, mejor se ajuste a la verdad, mas, antes bien nos hemos acostumbrado a que, en su lugar -o: en su defecto- se opte por aquella, más a mano, que más se amolda a los propios intereses. Así es en el mundo en el que todo interés particular sirve a intereses ajenos.

Somos el último estadio evolutivo, así como el más degenerado, del *homo economicus*; término con el que denominara **Ortega y Gasset** (en artículo publicado en *La Nación*, en 1926), a aquel burgués que únicamente valoraba las cosas en función a su utilidad, el cual se convertiría posteriormente, al ser el vocablo reutilizado por **Goodman** (1962), en el alienado consumista del que se harían eco las soflamas de mayo del 68. No es que valoremos ya las cosas por su utilidad, ni siquiera que hagamos otro tanto con las mismísimas personas, sino que estamos llegando al absurdo de tenernos, a nosotros mismos, en mayor o menor estima en atención a nuestra productividad. La conclusión sigue siendo la misma: tal idea no puede haber surgido espontáneamente de nosotros mismos con respecto a nosotros mismos, sino que más bien parece la opinión con la que nos han seducido otros respectos... Mas no es tema suficientemente interesante, al menos de momento, el discernir aquí si son las opiniones las que se ajustan a los hombres, los hombres a las opiniones o a un *yosequé*.

Nos hallamos presentando una sección de opinión, indispensable punto de encuentro entre los lectores y la lectura que, en este caso, representa esta nueva revista. Así pues, lejos de criticar las diferentes razones, este espacio debería estar más bien dedicado a promover la razón misma, la opinión *per se*, ya que, en cierto modo, nos limitamos a ofrecer, así en nuestra redacción como en la vida, aquello que hemos recibido. Usted nos envía su opinión y nosotros la divulgamos, publicándola, en plan toma y daca, el *damos que tenemos* que conforma la vorágine comunicativa. Todo aquél que divulgue su opinión lo hace contribuyendo a un bien común: difundir su opinión particular, individual, intransferible... aunque pueda parecer un contrasentido. Bien mirado, la diversidad de opinión, sea para bien o para mal, es el órgano esencial para el fomento de un valor comunitario, a la par que democrático, como es la libertad de expresión. Es un consabido que el ejercicio hace al músculo, aunque algunos osen resistirsele bajo la excusa de evitar lesiones óseas (y tal) o quebraderos de cabeza. Es triste no tener nada que decir y solamente digno no decir nada cuando lo de enfrente nos hace enmudecer. No faltan motivos, sobran excusas. Hemos un *porqué*, llega la hora de preguntarse:

Cuándo y dónde

Pero antes, ¿por qué diablos me ha dado a mí por hablar de esto? Aun viniendo a cuento sorprende tanta insistencia. El motivo es la noticia de la que me ha infectado una última lectura: *Bowling Alone* (2000), de **Robert Putnam**. Decidan ustedes si lo traducen por *Bolear Solo* (jugar a bolos solo) o *A solas en la bolera*. En él, su autor, para desarrollar un estudio acerca del espectro social del estado, se apoya en el acervo teórico tejido entorno al concepto de *Capital Social*, el cual, por comparación con el capital económico, vendría a aunar todas *las características de la organización social tales como las conexiones, las normas y la confianza social que facilitan la coordinación y cooperación para beneficio mutuo*. Sus conclusiones son de prever. Estamos siendo privados de espacios para relacionarnos, para comunicar, para, en definitiva, socializar. La progresiva desaparición de áreas de ocio aumenta vertiginosamente su velocidad por culpa de la no menos crítica reducción del tiempo que podríamos dedicar a frecuentarlas; no se lleven a engaño, los espacios que proliferan no están hechos para charlar o compartir opiniones, los foros que requerimos son de... cómo diría yo, bueno, va, digamos la odiosa palabrota: ¡*cultura!*. Si de capital importancia es el *capital social*, no va a serlo menos el capital cultural. Nuestra convivencia está condicionada, se limita nuestra vida prácticamente al dominio de nuestro oficio o dedicación, de tal manera que nuestras distracciones y relaciones quedan prácticamente restringidas al gremio al que pertenecemos, si no, a una absoluta e inevitable soledad. Por consiguiente, poniéndonos catastróficos, nos encaminamos a una distribución social en especies, en la que se nos tendrá en cuenta sólo en tanto especialistas, a los que se veta el *mestizaje*, no ya laboral o étnico, sino incluso idiosincrásico (no se me vayan a despistar), lo cual no sólo puede desvanecer toda expectativa de cambio, sino también llegar a provocarnos la absoluta parálisis de cualquier inquietud que nos singularice.

Esta devaluación del capital social repercute negativamente en la economía y la calidad de vida, asimismo en la salud, como aparenta demostrar el estudio realizado en Rosetto, un pueblo de Pennsylvania cuyo bajo índice de enfermedades cardíacas solamente parece deberse a la buena relación entre sus habitantes y la abundancia de organizaciones y centros de reunión (*Efecto Rosetto*). La participación ciudadana precisa de un lugar adecuado, ambiciona un ámbito, un ambiente donde habitar. Iniciativas como esta revista han de tener cabida en nuestra sociedad. Un punto de encuentro de los diversos puntos de vista. La opinión es un ser vívido en peligro de extinción que hemos de proteger, porque continuamente vemos cómo se deterioran las condiciones idóneas para que recobre su vitalidad.

No, no parece haber mejor motivo para defender una opinión que ejercer la libertad misma de defenderla, pero, siendo esto mismo una humilde opinión, pregúntense si no existirán motivos mejores.

Abulia Dezer
Ebró

Envíen sus opiniones a
info@iehcan.com

Asunto: NEXO, Revista Sección de Estudiantes (opiniones)